

ENFERMO DE OTRA LUZ

POR

MANUEL PINILLOS

COMO EL VIENTO, COMO EL AIRE, COMO EL AGUA, COMO EL TIEMPO

Como el viento,
pasa la luz del mar de nuestra historia,
y se reparte sobre el suelo.

Como el aire,
vuela el ardor hacia el silencio nuestro
y se disuelve al revelarse.

Como el agua,
corre la voz más nuestra, gota a gota,
con sed de ser nunca quietada.

Como el tiempo,
jamás se queda nuestro cuerpo anclado:
lo que vivimos ya se ha muerto.

Por el mundo
vamos callando, vamos recayendo
en el morir de todos juntos.

Habrà un día
que nos darán el amor nuestro a salvo;
pero ¿qué harán con nuestras vidas?

SI PUDIERA

Si pudiera enviarte
a la voz, una rama
donde se detuviera
como un ave cansada.

Si pudiera subirme
a la noche del cielo
y le diera los soles
con que hacerle a más tiempo,
otro tiempo lumínico
que no sea mi sueño
si no el real color áureo
que me niega o le niego.

Si pudiera cambiar
lo que muero, por algo
que me dé simplemente
un día vivo, un hallazgo
que se quede despierto
cuando yo esté abrumado
por la edad de acallarme
entre el suelo. Si a cambio
de lo que ahora no pude
detener en lo que ando,
me supiera sentar
a enterrar el pasado
y quedase un instante
como piedra en el lago,
circularmente oyendo
lo que el agua me ha dado.

Si pudiera salir
a la voz que rezumo
y decirle palabras
de mi ser, por qué lucho,
por qué soy sólo un poco
de lo suyo absoluto
a cambio de estar yendo
hacia todo en el mundo,
hacia todo y perdido,
traspasado y confuso,
en el paso que nunca
volverá a cuanto escucho
si me pongo el oído
en el pecho desnudo;
en el pecho bullente,
cuando quiero estar mucho

más allá de este fuego
donde el hombre es un humo.

Si pudiera habitar
no en ningún paraíso
sino sólo en la vida
de quien me haya querido.
Allí eterno, allí alto,
recogido, preciso,
con un cielo de humano
para hacer el camino.
Para estar como siempre,
abrazado a lo mismo.

AUTORRETRATO SIN CONCESIONES

Los ojos vagando en una línea de brumas
y lanzando a los aires una larga llamada
como un perro que mira en el agua y se ladra
para animarse al gran peso de amor que transporta.

La cabeza grande, cargada de sueños,
donde la boca se abre como un lento quejido,
bajo la frente ancha de mirar el silencio,
tan enorme, del cielo que se queda,
impasible, contemplándonos.

La figura huidiza, ligeramente cordial,
como de alguien que camina entre pasos perdidos
y teme y ansía, al mismo tiempo, que puedan
despertarle en un atardecer crepuscular de gritos.

El alma, vagando levemente en las manos
que parecen caer desalentadas
a lo largo del cuerpo, donde una lenta nube habita,
después de haber querido aprisionar al Dios de las prisiones
y soltarlo en medio de las llamas del alma que se ahoga.

Y el corazón goteando por el rostro triste
en una sonrisa parecida a una lágrima,
en un saludo no lejos de la despedida,

en un doloroso mirar semejante a un alarido sofocado
por un pequeño recuerdo de la increíble infancia sucedida.

... Y el total es este alguien que confía algún día
en la fuerza infinita de su pena candente,
como un niño que mira su juguete dormido
y espera que de dentro salga un pájaro
igual que su mirada anhelante y antigua
contemplando la caída del gran sol sobre el agua,
con su llanto mojando los labios de la vida que muere.

ERES, NO ERES

Pueblo, corcel con brida corta, arqueado
por el resuello, detenida el alma.
Medio enterrada inmensidad deshecha.
Oh pueblo, pobre mío, niño pobre
que no te enteras del dolor que causas.
Y enterándome yo para los dos;
entero mi dolor de ti: tan poco
de dolor, pues no sabes, nada sabes,
pasas herido y sin herida dentro
inmensamente pasas.

Eres el mar, pero sin olas; sólo
el ruido sordo, indetenido,
la rota playa en bajamar de conchas,
las aguas tumultuosas que no saben su rumbo
y, sin avanzar, se estrellan.

Pueblo, pasión sin majestad, arena
perdida inútilmente en sus desiertos.
El bajo resplandor que no se escucha:
sólo un ladrido, una algarada, un poco
de humo de protesta sin saber
de qué protesta, si, por qué revienta
en esa polvareda que nos ciega.

Pueblo, tu choza, tu zozobra ahogándote,
tu zurrón de pequeñas cavidades:
estos caminos, quietas las pisadas,
que no van pero vuelven...

Y eres posible, eres posible, todo
lo que es posible por el largo trago
que de beberte así ya se comprende
qué sería bebiéndote de lleno.

Pueblo, mordiendo tierra, cuando sueñas
viento de tierra; y en la tierra mueres.
¡Y tan tranquilo, tan tranquilo, tan
tranquilo; igual que si, por fin, vivieras
y se te oyese así, vivo, ascendente,
inmensamente abierto y responsable!

Pueblo: nada; recuerdo de otro sueño
que no se sabe si sabré mirándote
como eres, como hacen que tú seas:
¡esa pequeña muestra, ese dolor sin duelo,
esa continua llaga que me cubre los ojos hasta el
canto y el llanto del corazón todo,
que te mira y te quiere y en ti sufre
y por ti se hace un llanto perpetuo!

SIENDO TANTA ESTA HISTORIA EMPEZADA

Si te achacan que hablas a borbotones, a llameantes arrancadas,
como el océano encendido;
que te salen en oleadas explosivas
estas exclamaciones y este barro.
De plata en plata —plata tan sencilla como estarse
agudísimamente sintiendo—.
Si te achacan que pones algo de belleza sobrante
al decir que te tocas
una cosa tan viva y tan de siempre
como la muerte que te abraza.
Como la muerte que te abraza de tal forma
que ya no puedes respirar
y cada vez más vuelves a posarte
en el regazo de la tierra extensa,
como un niño con indecible miedo y balbuceos
va hacia los muchos nombres de su madre.

Si te acusan de ser muy generoso
de las palabras que te acosan,

de dar a chorreantes expresiones y pedazos
de tu humano destino
esta pequeña vela de tu entierro
cuando estás tristemente
agonizando en tu almadía carcomida,
que hace agua por tus cientos de poros de asfixiarte.

Si exponen que hablas más de lo que es bueno
para ganar el firmamento aquí, en el polvo,
cuando sólo pretendes, chorreando,
sintiéndote abrumado de dolores,
decir qué es el infierno donde te invisten las últimas condenas,
esos rumbos impuestos por quien sea, que pueden
llevarte más allá de tu camino, al que nunca quisiste
y ahora está en todas partes...

Entonces, di, señala que las torres que se hunden derribadas
—las torrecillas de las viejas piedras—
forman inacabables rumores prediciendo, en su desastre,
cuánto dejarán solo, aun siendo ya esa ruina.
Y recuerda también cómo el más sabio asceta,
cuando se siente herido hasta en el habla,
dice las postreras palabras como a chorros y ardores,
pues le quema en los labios el final
de la imperiosa vida que tenía.

Entonces, justamente entonces, muéstrales tanta tumba que te callas,
tanta historia de ti, desconocida y a perderse,
y diles cuán poco aún es esta fiebre que enseñas por la esquina,
esta sed tan tremenda y sin vaso.
Mientras estás sabiendo que jamás—¡que es jamás!—
habrá ocasión en la otra parte, en el momento mismo de callarte,
para contar tu enorme desgarrón,
tu guerra, la memoria arrasada por cicatrices incontables.

¡Muéstrales que un dolor verdadero y con señal
de continuarse eternamente,
no acaba ya jamás de decirse en la noche del mundo
cuando te dan tan poca cuerda, y ésta está atada,
y tú estás preso como un muerto!
Diles ya de una vez que no hay bastantes páginas para un día
contado de verdad, durísimo, como estaba ocurriendo

hasta dejarnos el recuerdo temblando
cual un crimen sabido en su detalle
de esa gota de sangre que todavía está envolviéndonos,
y es la historia de nuestro tiempo.

REBELDE, ENFERMEDAD MUY GRAVE

¿Rebelde? Sí. (La palabra es, rebelde.) ¡Hasta el millón de cosas!
Pero no por sistema y por gracia. (Desprendido. Constantemente des-
Pero nunca, tampoco, nunca porque sí [prendido.
—por un gesto de malhumor, un movimiento de estrategia,
estar aparte—.) Rebeldía tan sólo, mortificada rebeldía, [formado,
porque cuesta, hay que tener un arte muy sutil, un hígado mal con-
para unirse a morir y ver morir, por vocación. Y es un morirse
dejarse deslizar en la corriente, no mover un brazo,
un arrebató, una antigua pasión: que no tiene otro ritmo
que el que le impone su emocionado estar ganándose el sí propio,
la paz activa, a costa de un presente dudoso y eternamente en lucha.

Es una cosa muy difícil, poco rentable, a veces triste,
meterse en la corriente y no dejarse deslizar a lo suave.
¡Nadar con solapada prontitud, hundir las manos en la forma mojada,
y marchar agua abajo
y no quererse —que es como no poderse— deslizar dulcemente!

¿Rebelde? ¡Siempre y siempre! Pero no, pero nunca
por estar en la otra parte; nada más que un sufrido
modo de ser, a costa de un destino doliente y tan agónico.

Rebelde, porque cuesta morirse conformado,
y es ya muerte por principio, no mover ni una fibra de la mano
cuando te ponen en el lomo, marcado al hielo, un rótulo
que no te pertenece por cariño, sino porque lo dan a poco precio.
Rebelde —¡y qué sudor al pronunciarlo!—
porque no hay más remedio, es algo que ha nacido como un tiro
en aquel mismo sitio en que tú estabas dentro del tiempo de tu madre.

Rebelde, que es herido. ¡Qué es llagado!
Tener una pasión como cualquiera, como un tipo del fondo de la calle,
y sacarla a los labios cada instante del día
—no enterrarla en el pozo más cobarde, allí oculta—

para que luego muchos, juntos, con la arcaica enemiga de la fuerza del
te den con ese río, millón de cintarazos: [número,
en la paz de tus tardes de curarte
el corazón asaeteado de tristeza de estar solo en el mundo.

¡Rebelde, ay, para acabar queriendo
matar tu rebeldía en el abrazo muerto del silencio más largo!
El más largo, el más terrible, el más desconocido abrazo del silencio
donde no duele nada para afuera; el dolor se ha cerrado. [sin fin,

CASI UN SUEÑO

Seamos verdaderos: la gente no me gusta.
El pueblo, como es, embrutecido por la indiferencia,
por el temor, por esa oscuridad de sus carencias tan totales,
poco puede ofrecerme. Pero algo, en el futuro, me lo dice
como una gran reserva que tenemos al fondo.

Y la gente brillante, la que veo ahora mismo
en el desfile iluminado de las calles,
ésa me da una vaharada de desdén en los poros de la carne
y tiritito de hielo cuando me va empujando a cada hora...

¡Seamos verdaderos, la gente es insufrible!
Sólo espero que un día, en el tiempo del mar sobre la tierra,
olas de claridad traigan perfume de otras islas,
y todos juntos seamos lo posible, en lo que hoy creo una bella locura.

Seamos verdaderos, la gente, como es, no hay quien la sufra.
Pero algún día, cuando les quede tiempo para limpiarse de sus brumas
estos tan sucios, tan callados, tan quietos,
se moverán, serán mejores; habrán hallado lo que busco.

MANUEL PINILLOS
Plaza de España, 3
ZARAGOZA